

Se ha declarado la guerra
León Trotsky
14 de octubre de 1912

(Versión al castellano desde “La guerre est déclarée”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 154-158; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 285, 14 de octubre de 1912.)

Se dice que mañana, a las seis, o más bien hoy, pues ya es medianoche, nos despertarán las salvas de los cañones anunciando que se ha declarado la guerra a Turquía. En respuesta a la nota conjunta de las cuatro potencias balcánicas¹, la Sublime Puerta anunció ayer que repatriaba a sus embajadores. También se dice que el gobierno de Belgrado redactó ayer el texto de la proclamación al pueblo y a las tropas en sesión plenaria, y que debería ir acompañada de una salva de cañonazos. Los acontecimientos avanzan a un ritmo más rápido de lo que el gobierno había previsto. Sin embargo, esta misma mañana, el Sr. Pašić ha declarado que, próximamente, será cuestión de horas, en el peor de los casos de días, que se redacte una nueva nota conjunta, pero que no se trata de una declaración de guerra. Según un periódico alemán, incluso Turquía está cansada de estar suspendida entre un final terrible y un terror sin fin. Habría que declarar la guerra, al mismo tiempo, en Sofía. Y, en uno o dos días, Atenas también debería sumarse también.

El punto de no retorno parece haber sido alcanzado. Mañana, las salvas de cañón saludarán no sólo la declaración de guerra, sino también la bancarrota de la diplomacia europea, con sus conferencias, sus notas, sus relucientes sombreros de copa y sus espléndidas fórmulas...

La salva no se ha disparado a las seis de la mañana. A las siete ya estaba en el tren hacia Sofía. Llegué el día 6 a las siete de la mañana. El rey Fernando había declarado la guerra la noche anterior en Stara Zagora. La declaración real había sido impresa durante la noche y publicada en las calles a las ocho. A las diez se celebró una misa en la iglesia de Jesucristo Nuestro Señor. La multitud saludó a la Reina y a los ministros con “¡Viva!” La policía y la gendarmería mantuvieron el orden y un vistoso destacamento del ejército macedonio se desplegó a un lado de la iglesia. La gente se reunió bajo un sol radiante para leer la declaración real; algunos soldados a caballo, con sus sombreros adornados con flores, dividieron a la multitud que aplaudía. Las calles del centro de la ciudad se llenan de gente y grupos de jóvenes venden periódicos con extractos de la declaración. Finalmente, la multitud se dispersa. Mientras los comerciantes levantan sus cortinas de hierro, robustas campesinas con vestidos de fiesta ofrecían pollos, cochinillos y pimentón; unos cuantos gitanos con pantalones de colores brillantes avanzan majestuosamente, con los puros entre sus blancos dientes. Los periodistas ocupan las oficinas de telégrafos; los políticos, libres ya de todo compromiso, abundaban en el bar del Hotel Bălgarija. Se ha declarado la guerra.

Pues sí: se ha declarado la guerra. Lo habéis oído en Rusia y se lo creéis. Yo, en cambio, aunque estoy en el lugar, no me lo creo. No puedo conciliar la vida cotidiana, las gallinas, los puros, los niños descalzos y los mocos, con la trágica e increíble realidad de la guerra. Sé que se ha declarado la guerra y que ya ha empezado, pero sigo sin creérmelo.

Hace poco vivimos la epopeya de Manchuria. Pero este sangriento conflicto tuvo lugar a miles de kilómetros de nosotros, en una tierra desconocida. Por grande que fuera nuestro ejército, el país desconocía sus movimientos. Aquí, los 380.000 hombres que habían sido enviados al teatro de operaciones representaban una décima parte de la

población del país, una quinta parte de la población masculina, y todos eran trabajadores, padres de familia que llevaban el pan a casa. El organismo social ha perdido su columna vertebral. Es más, estas cosas están ocurriendo aquí y ahora, a pocas horas en coche de donde estamos, en una tierra donde el nombre de cada lugar tiene un significado real para nosotros...

La concepción abstracta, moralista y humanitaria de los procesos históricos es completamente estéril. Lo sé perfectamente. Pero esta masa caótica de adquisiciones materiales, costumbres, hábitos y prejuicios que nos hipnotiza, nos inspira la falsa idea de que el progreso humano ha alcanzado ya sus mayores conquistas. De repente, la guerra nos recuerda que seguimos a cuatro patas y que aún no hemos salido de la época bárbara de nuestra historia. Hemos aprendido a llevar ligas, a escribir artículos progresistas inteligentes y a hacer café y chocolate *Milka*. Pero cuando se trata de resolver seriamente el problema de unas cuantas tribus que viven juntas en una fértil península de Europa, no conocemos otro método que exterminarnos unos a otros a gran escala.

La guerra de los Balcanes es un intento de responder, lo más rápidamente posible, a la necesidad de nuevas formas políticas y estatales adaptadas a las exigencias del desarrollo económico y cultural de los pueblos balcánicos.

A este respecto, el punto de vista de la democracia europea, ya sea oriental u occidental, es muy claro. ¡Los Balcanes para los pueblos balcánicos! Estos pueblos deben tener garantizada la posibilidad de regular sus propios asuntos internos, no sólo como deseen y consideren oportuno, sino con las fuerzas de que disponen, en la tierra en la que se han asentado. La democracia europea debe combatir todo intento de someter el destino de los Balcanes a las ambiciones de las grandes potencias. Estas ambiciones pueden adoptar la forma brutal de la política colonial o la forma solapada de consideraciones de afinidad racial, pero en ambos casos amenazan la independencia de los pueblos balcánicos. En los Balcanes, a las grandes potencias sólo se les puede ceder los dominios de competencia económica y de influencia cultural.

¡Los Balcanes para los pueblos balcánicos! Pero esta consigna nos compromete a no intervenir y, por tanto, no sólo a oponernos a las ambiciones territoriales de las grandes potencias, sino también a negar todo apoyo al esclavismo balcánico en su lucha contra el régimen turco. ¿No es esto lo que llamamos una política estrecha de miras de egoísmo nacional y estatal? ¿No significa esto que la democracia está en proceso de negarse a sí misma?

En absoluto. La democracia no tiene ningún derecho, ni político ni moral, a confiar la organización de los pueblos balcánicos a fuerzas que escapan a su control, porque no sabemos a dónde irán a parar esas fuerzas y la democracia, tras haber garantizado un mandato fiduciario, ya no podrá controlarlas.

¡Los Balcanes a los pueblos balcánicos! Esto significa no sólo que las grandes potencias deben mantener sus manos fuera de las fronteras de los Balcanes, sino también que los pueblos balcánicos deben resolver sus asuntos internos con sus propias fuerzas, según sus propias ideas, en la tierra donde viven.

Históricamente, la guerra de los Balcanes puede compararse con la guerra de liberación italiana de 1859², pero en absoluto con otra guerra italiana, la de 1911-1912 contra Turquía. La agresión italiana en Tripolitania ha sido un puro acto de bandidaje capitalista, mientras que la guerra actual en los Balcanes expresa la aspiración del fragmentado esclavismo balcánico a una forma de agregación que proporcione una base más amplia para el desarrollo económico y político. Por último, no se puede planear oposición a esta aspiración, porque es históricamente progresista y despierta la simpatía de la masa popular tanto en Europa occidental como oriental.

Esta lucha por la autodeterminación económica, nacional y cultural de los pueblos balcánicos se ha emprendido bajo condiciones necesariamente artificiales, en un contexto no deseado por los pueblos balcánicos y no originado en su territorio. Estas condiciones fueron impuestas a los pueblos balcánicos por las potencias europeas. Estas últimas siempre han considerado, y siguen considerando hoy en día, esta fértil pero desafortunada península como una propiedad hereditaria, el terreno de sus experimentos diplomáticos. Este caleidoscopio étnico constituye sin duda un serio obstáculo para la creación de las condiciones políticas necesarias para la coexistencia, la cooperación y el desarrollo. Pero estas condiciones pueden crearse: no sólo lo atestigua la razón política, sino también la experiencia histórica. A este respecto, los Estados Unidos de América y la Confederación Helvética constituyen la mejor refutación de cualquier escepticismo pseudorrealista.

Pero lo cierto es que las dificultades en las que se encuentran los pueblos balcánicos no vienen determinadas por el mapa etnográfico de la península, o al menos no de forma directa. La causa reside más bien en el activismo egoísta de la diplomacia europea. Ésta ha dividido los Balcanes en partes artificiales y aisladas que se neutralizan y paralizan mutuamente en conflictos recíprocos. La diplomacia europea también ha actuado, y sigue actuando, desde dentro. Aquí, en este suelo bañado en lágrimas y sangre, ha creado sus propios comités y redes de representación representados por las dinastías balcánicas y sus instrumentos políticos. En esta partida de ajedrez, los reyes y los ministros no son los jugadores, sino las piezas maestras. Los verdaderos jugadores vigilan la partida y, cuando ésta se tuerce en su contra, agitan amenazadores sus puños armados sobre el tablero.

La guerra es sin duda muy popular: el ejército, y el movilizado aquí es realmente el pueblo, la quiere. El carácter de la guerra, y todo lo que conlleva, depende ante todo de los dirigentes de los estados implicados. Se derramará mucha sangre, se aniquilarán conquistas culturales recientemente obtenidas, se destruirán, explotarán o aplastarán los frutos del trabajo humano. Y es imposible predecir cuáles serán las consecuencias de todo ello.

¡Los Balcanes para los pueblos balcánicos! Esta consigna lo repiten todos los políticos, desde la extrema izquierda hasta los lacayos de las dinastías. Sin embargo, mientras que, por un lado, la mayoría de los políticos rechazan las pretensiones de las grandes potencias respecto a los Balcanes, por otro lado, esperan que Rusia, con las armas en la mano, ayude a los pueblos balcánicos a reorganizar los Balcanes según sus deseos. Esta esperanza, o incluso esta petición, podría ser la fuente de graves errores y de desgracias aún más graves. No insistiré en el hecho de que este planteamiento convertiría la guerra de los Balcanes en una provocación deliberada, en un enfrentamiento a escala europea que no conduciría a otra cosa más que a la guerra en Europa. Y, aunque apreciamos el destino de estos jóvenes pueblos balcánicos y les deseamos el mejor desarrollo posible de su civilización en su propio territorio, nos sentimos en el deber de decirles, con toda franqueza, a vosotros como a nosotros mismos, que no deseamos poner en peligro nuestras conquistas culturales.

Bismark dijo una vez que toda la península balcánica no vale ni los huesos de un solo granadero pomerano. Parfraseándole, podemos decir hoy que si los principales partidos de los Balcanes, a pesar de la triste experiencia de anteriores intervenciones europeas, no encuentran otra forma de afrontar su destino que no sea otra intervención europea de resultados imprevisibles, entonces sus planes políticos no valen ni los huesos de un solo soldado de infantería de Kursk³. Por amargas que sean estas palabras, son las únicas que puede pronunciar en estas trágicas circunstancias un político honesto y democrático que piense no sólo en el hoy, sino también en el mañana.



germinal_1917@yahoo.es

¹ *Nota conjunta de las cuatro potencias balcánicas* (de tres, para ser precisos, dado que para entonces Montenegro ya había roto relaciones diplomáticas con Turquía y había iniciado sus operaciones militares). Fue enviada a la Puerta por los representantes de Bulgaria, Serbia y Grecia el 30 de septiembre de 1912. La nota era en realidad un ultimátum y afirmaba que era deber de Europa resolver la cuestión balcánica. Se dirigía directamente al Sultán, pidiéndole que aplicara inmediatamente las reformas previstas en el artículo 23 del Tratado de Berlín. A la nota se añadía una “lista explicativa” de las exigencias de los estados balcánicos: “1) Confirmación de la autonomía nacional de los pueblos del Imperio con todas las consecuencias consiguientes; 2) Representación proporcional de cada pueblo en el parlamento turco; 3) Posibilidad de acceso de los cristianos a todos los cargos públicos en las regiones habitadas por ellos; 4) reconocimiento de todas las escuelas pertenecientes a la comunidad cristiana con el mismo reconocimiento que las escuelas turcas; 5) compromiso de la Sublime Puerta de no alterar el carácter étnico y la composición de las regiones del Imperio Otomano con nuevos asentamientos de musulmanes; 6) llamada a filas de los cristianos locales en destacamentos con personal cristiano. Suspensión del reclutamiento hasta que se hayan formado estos destacamentos; 7) reorganización de las gendarmerías de los *vilayets* de la Turquía europea bajo el mando efectivo de organizadores belgas y suizos; 8) el compromiso de nombrar *vali* [gobernadores] suizos o belgas en los *vilayets* habitados por cristianos, debiendo sin embargo las potencias aprobar la elección; 9) la constitución de un alto consejo bajo el Gran Visir, compuesto a partes iguales por cristianos y musulmanes, con el fin de verificar la aplicación de las reformas anteriores. Los embajadores de las grandes potencias y los ministros de los cuatro estados balcánicos se comprometen a seguir la marcha de los trabajos del consejo”. En respuesta, la Puerta llamó a sus embajadores.

² *La guerra de 1859*. Supuso la unificación de Italia, que durante el Congreso de Viena (1815) había quedado dividida en numerosos pequeños estados independientes y privada de Lombardía y Venecia, ocupadas por Austria. Los preparativos para la liberación de Italia contaron con el apoyo de dos fuerzas diferentes: por un lado, la agrupación de republicanos revolucionarios liderada por el condotiero de las Camisas Rojas, Garibaldi, y por otro, el gobierno del Reino de Cerdeña bajo la dirección de un eminente estadista de la época: Cavour. Cavour, nombrado primer ministro del Reino de Cerdeña en 1852, dirigió una enérgica campaña a favor de la guerra contra Austria, con el objetivo de separar las provincias italianas de Austria y unir toda Italia bajo el poder de la casa de Saboya. Ya en 1855, Cavour implicó al reino de Cerdeña en la guerra de Crimea, que carecía de interés para Italia, con el único objetivo de lograr una alianza con Inglaterra y Francia. La alianza con Francia fue concluida por Cavour y Napoleón II en Plombières (verano de 1858). En virtud de este acuerdo, Francia se comprometía a apoyar al Piamonte en su conflicto con Austria a cambio de que Italia se comprometiera a ceder Niza y Saboya. Del mismo modo, Cavour, consciente de que no podía rechazar la ayuda de los revolucionarios italianos, acordó con Garibaldi emprender una acción conjunta, manteniendo a Napoleón III al margen de este acto, del mismo modo que había ocultado a Garibaldi el acuerdo de Plombières. En la primavera de 1859, las tensiones entre el reino de Cerdeña y Austria aumentaron y, a finales de abril, tras rechazar Cavour el ultimátum austriaco de desmovilización, comenzaron las operaciones militares. Francia y Garibaldi se pusieron inmediatamente del lado del reino de Cerdeña; los aliados lograron una brillante victoria sobre los austriacos en la batalla de Solferino (junio de 1859), decisiva para el resultado de toda la campaña. Sin embargo, como consecuencia de la política indecisa de Napoleón, el 11 de julio de 1859 se firmó en Villafranca un acuerdo preliminar de paz, por el que Austria se comprometía a ceder Lombardía, pero conservaba Venecia, y obtenía la devolución de los ducados de Toscana y Módena a sus *legítimos propietarios*, que habían sido expropiados tras los fracasos iniciales de los austriacos. Austria también obtuvo la retención de Roma por parte del Estado Pontificio. La Paz de Villafranca provocó una indignación generalizada en Italia. Cavour dimitió. Garibaldi decidió hacer marchar sus tropas sobre Roma con el objetivo de incorporarla al reino de Cerdeña, pero se vio obligado a abandonar el proyecto bajo la presión del rey Víctor Manuel. En 1866, durante la guerra austro-prusiana, Italia intervino del lado de Prusia, apoyando sus reivindicaciones y ganando Venecia (Paz de Viena, 3 de octubre de 1866). Por último, durante la guerra franco-prusiana, Italia consiguió la retirada del Estado Pontificio de las tropas francesas, que habían estado de guarnición allí

durante veintiún años, y el 20 de septiembre de 1870, el ejército nacional italiano entró en Roma, completando así la unificación de Italia.

³ Ciudad de la Rusia central. N. E.